

res y produce aquellas alarmas que mas de una vez han poblado los yermos de ilustres penitentes. ¿Qué dice aquí el Apóstol San Pablo? ¿qué género de imposibilidad es esta que animó su zelo al exhortar á los Hebreos para que perseverasen? ¿quiénes son estos que una vez iluminados, favorecidos con el don celestial y partícipes del Espíritu Santo, no pueden ya, desde que han tenido la desgracia de caer, renovarse por la penitencia? Líbreme Dios, católicos, de incurrir aquí en esas exageraciones del zelo, que parecen arrancar la esperanza del corazón, y undir en la nada los nobles atributos de la misericordia divina. No os diré que se trata de un imposible absoluto para los reincidentes en orden al Sacramento de la Penitencia; no os diré que esta imposibilidad, si se ha de considerar en aquel sentido, hable de otra cosa que del Bautismo; no os diré que la gracia está sujeta á las leyes de la naturaleza para desarrollar su poder sobre el corazón. No, nada de exageración, nada de figuras, nada de aparato. Intento moveros, para convertirlos; y no aterrorizaros para perderos. No temo explicaros este sagrado texto, y aplicarósle únicamente en la parte mas obvia, natural é incontestablemente admitida. De dos modos ha sido considerado por los Padres é intérpretes sagrados esta especie de imposible; pero segun el que se prefiera, así es la aplicación que recibe. Entiéndenlo unos en un sentido absoluto, y en este caso el Apóstol habla de la imposibilidad de volver á la gracia, mediante un segundo Bautismo; y esto es claro, pues este santo Sacramento no se recibe sino una sola vez en la vida. Entiéndenlo otros en un sentido relativo: creen que se trata de un imposible moral, de una dificultad suma, de uno de aquellos inconvenientes que solamente una gracia extraordinarísima es capaz de destruir; y en este caso lo extienden á la penitencia sacramental, bien que con aquellas diferencias que en sí presentan por una parte las especies de los pecados, y por otra el grado de corrupción de la naturaleza humana.

Permitidme pues, católicos, que llamando el sagrado texto á este último sentido, me sirva de él, como de un criterio seguro, para valorizar exactamente la esperanza de

aquellas almas inconstantes y versátiles para quienes la penitencia sacramental y la misericordia divina son un grato beleño que las calma entre tantas vicisitudes y alternativas como presentan en el curso de su vida espiritual.

Verdad, señores, es que los caminos de la gracia, siempre análogos al carácter divino que ella tiene, no se dejan asir de nuestros sentidos, y á veces aun parecen sustraerse á las miradas de nuestra razón; pero no lo es ménos, que sus efectos modificando nuestra naturaleza, pueden servirnos como un dato cuando se trata de calificar nuestro porvenir en sus relaciones misteriosas con la eternidad.

¿Cuáles son los efectos sensibles de la gracia que nos regenera en Jesucristo por la penitencia? Muchos en verdad; pero yo quiero señalaros aquí tres de ellos, análogos en todo á los que sirven de pauta, digámoslo así, al zelo del Apóstol, para pintar la condición de aquellos que por su inconstancia deben ver ya su justificación como una especie de imposible: primero, la luz de los desengaños; segundo, las felices emociones de la penitencia; tercero, los goces de la virtud. He aquí un triple poder con que la gracia remueve, agita, depierta y trasforma del todo á los que, bien hallados en los caminos de vicio, yacen en las tinieblas de las pasiones y duermen sin zozobra en los bordes del abismo. Óbrase en ellos el gran sacudimiento: su inteligencia se abre en una region desconocida: una luz misteriosa y nueva les manifiesta su propio rango, disipa sus ilusiones y previene su voluntad: un paso más, y ésta ya conmovida, se agita en un sentido absolutamente contrario del que le era habitual: se turba, vacila, tiembla, cambia de objetos en sus aspiraciones y repugnancias, retrocede á los antiguos olvidados dias, y vuelve, por fin, á incorporarse mediante la penitencia en el número de los que temen, de los que esperan, de los que desean y de los que aman al Señor. Desde este feliz momento dias mas puros y serenos empiezan á señalar el curso de su existencia. Su entendimiento ha recibido un aumento de luz, que ántes no conocia: preséntansele bajo un aspecto maravilloso los dogmas sublimes del cristianismo,

las máximas augustas de la moral: posee ya la ciencia de los santos; se sorprende él mismo con el tino y acierto que distingue sus consejos; halla en el fondo de su corazón una insaciable sed que le agita en busca de los merecimientos, de los goces del espíritu; cada día siente más y más la dulce precisión de amar y al mismo tiempo de temer. ¿Qué sucede entonces? Reconoce y admira en este conjunto de gracias los dones y los frutos que anuncian la participación del Espíritu Santo; y siempre feliz en su grata mudanza, parece decirle á Dios como el Príncipe de los Apóstoles á Jesucristo en las cumbres del Tabor: „Bueno es permanecer aquí.” *Bonum est nos hic esse.*¹

Ved aquí, católicos, todas las maravillas que se obran en un pecador verdaderamente arrepentido; ved aquí esa prodigiosa economía de procedimientos con que la gracia produce la transformación de la alma; ved aquí un bosquejo de la conversión. Esta grande obra nos muestra en la gracia su artífice divino; pero también pone de vulto en la naturaleza sus prodigiosos efectos. Examinad atentamente todos estos cambios inauditos que se obran aun en el mismo orden de la naturaleza: esas luces nuevas, esos sentimientos nuevos, esos goces nuevos, inauditos, y ya sorprenderéis el secreto de esas metamorfosis divinas que han hecho de un perseguidor un Apóstol en la persona de Pablo, de una criatura divagada una alma contemplativa en María Magdalena, de un heresiarca un Doctor de la Iglesia en el Santo Obispo de Hipona; que han trasladado de las calles y plazas públicas de Babilonia, por las soledades de la penitencia y los áridos desiertos, hasta los altares del Santuario á las Egipcias y Margaritas de Cortona: veréis, repito, el cómo y el porqué de la verdadera conversión.

En efecto, católicos, la antorcha del desengaño nunca interrumpe vanamente las tinieblas del pecador: el alma nunca recibe sin fruto las primeras y más deliciosas emociones de la caridad; ni los dones del Espíritu Santo dejan estéril el prado por donde corren. Fácil os es en

(1) Math. cap. XVII, v. 4.

vista de esto profetizar la suerte de esas almas felices que han sido alumbradas con aquella luz, movidas por aquellos sentimientos y enriquecidas por aquellos dones.

Peró, si el enemigo común, redoblando sus ataques y sorprendiendo el sueño de la tibieza, sacude y prostra el árbol corpulento, y le arrastra para incorporarle de nuevo en sus dominios, si el pecado mortal, rompiendo las mal cerradas puertas del espíritu, vuelve por fin á su antiguo albergue; ¿qué sucederá? No os lo diré yo, sino el mismo Jesucristo. Acordaos de sus palabras, cuando salvó al endemoniado, sobre el peligro que corría, si no se conservaba bien. Cuando el espíritu maligno, ha salido espulso de una alma que poseía, lejos de perder la esperanza, va como en busca de resfuerzo para nuevos combates, en solicitud de otros siete espíritus; y les convoca, y les reúne, y vuelve con ellos, y ataca, y sitia, y acecha, y espía, y lidia, y seduce, y promete, y atrae, y ofusca, y fascina, y ciega, é invade, y rompe, y entra con sus nuevas legiones á ocupar con ellas la morada que ántes habitaba solo, y ¿entonces? *el último estado de aquel infeliz*, dice Jesucristo, *es peor mil veces que el primero.*¹ ¿Qué sentencia, hermanos míos! qué amenaza tan terrible y tan olvidada! Mas ya que por un efecto de la bondad de Dios estáis dispuestos á escuchar y meditar su palabra, sondead, si es posible, toda la profundidad de esta sentencia. Pero si la justa consideración de nuestras propias tinieblas nos hace apelar á otra luz para comprender este lenguaje de Jesucristo, volved al Doctor sublime, al insigne comentador del Evangelio Santo, al mismo San Pablo, y el os dirá que el estado de aquel infeliz es peor que el primero, porque „es moralmente imposible que se renueven otra vez por la penitencia los que han tenido la desgracia de volver á caer, después de haber sido iluminados, después de haber saboreado el don de los cielos, después de haber sido participantes del Espíritu Santo.”

De hecho, católicos, ¿qué recurso eficaz queda para la conversión á los infelices reincidentes? yo le busco, y en verdad no le encuentro. ¿Acaso los desengaños? no, porque

(1) Matth. XII, 45.

es imposible que tenga desengaños el que ya está desengañado; y el infeliz reincidente todo lo conoce, todo lo comprende, todo lo sabe. ¿Acaso el delicioso gusto de los dones del cielo? Tampoco: raras veces se gusta de nuevo lo que se ha dejado con hastío; y el infeliz reincidente no sentirá con el mismo sabor que en la vez primera el maná dulcísimo que le habia regalado, en la segunda vez que le tome: y acaso, como los isrraelitas en el desierto, sentirá los efectos de la muerte al tomar el fruto de la vida. ¿Acaso los dones misteriosos del Espíritu Santo, que ántes le habian hecho tan amable la penitencia? Méenos: estos dones parten de un hecho cuya imposibilidad moral acabamos de reconocer: ellos vienen en seguida de los sentimientos del cielo, y de los santos desengaños y disgustos de la tierra.

He aquí porqué, á medida que el alma va recayendo en el pecado, sus luces se opacan, sus sentimientos se debilitan, sus posesiones santas se han ofuscado: es una especie de transaccion imperceptible entre el espíritu que nos llama á la virtud, y la carne que nos impele al pecado; es un cálculo hipotético en que todo parece dejarse al curso natural de las cosas, como si la gracia no tuviera medida, ni la naturaleza pudiera gastarse; como si la justicia fuera rival y no hermana de la misericordia; como si todo fuera para el pecado, y nada para la gracia; todo para el hombre, y nada para Dios; y como si fuera posible que al cabo de mil y mil vicitudes, los elementos de la virtud estuvieran en igual prepotencia que cuando empezaban á desarrollarse con tanta magestad mediante la aparicion de aquellos desengaños, de aquellas castas delicias, de aquellos tesoros de consejo, de sabiduría, de entendimiento, de fortaleza y de piedad, en el día venturoso de nuestra primera conversion.

No, católicos, no os engañéis, el mayor de todos los males, la mas terrible de todas las situaciones, el mas infeliz de todos los estados, la condicion mas desastrosa, la crisis mas tremenda, el pecado de los pecados, que no puede borrarse sino solo por el milagro de los milagros, pues parece resistir á todos los remedios, no es la soberbia: por ella se perdió el paraíso, pero Jesucristo des-

truyó sus efectos, humillándose hasta tomar nuestra naturaleza: no es la avaricia; Mateo el Publicano, dejó el Telonio, bastándole el no volver á él para ser un Apóstol, y el rico Zaqueo vió entrar la salud á su casa desde que ofreció restituir al cuádruplo lo que injustamente habia ganado, y aliviar con la limosna la condicion de la humanidad afligida: no es la impureza; David se arrepintió bañando con sus lágrimas de penitencia los nombres de Urías y Betzabé, que le recordaban su pecado: no es la ira; Pedro se sometió á todas las pruebas que podian ponerse á la mansedumbre, despues de haber sacado el acero para castigar la insolencia del fariseo; como Ignacio de Loyola sufría las burlas de los niños, despues de haber escarmentado en rudos encuentros á los enemigos de su patria y de su rei: no es, en fin, ninguno de esos monstruos que figuran al frente de todas las producciones de la iniquidad; sino la inconstancia en los caminos de la salvacion, á la cual siguen como compañeras, la indiferencia, la tibieza, la vana confianza, la insensibilidad en las inspiraciones de Dios. Este es el peor de los estados, porque el hombre colocado en él, semejante á una máquina gastada, ya no tiene en sí ningun principio de accion, ya no se mueve, sino durante el rato imperceptible que el artífice maneja su economía; es decir, para hablar sin figuras, no se mueve, sino de una manera cuasi mecánica, siempre débil y nunca permanente, al recibir un golpe inesperado, al ver abrirse un sepulcro, al pasar de aquellas vislumbres que suelen herir de vez en cuando hasta los mismos ojos del impío: estas almas desgraciadas, despues de haber perdido sus tesoros, pierden sus sentimientos: la conversion para ellas no tiene estímulos, ni la piedad encantos, y la misma virtud no les presenta ya ni aun ilusiones.

¿Puede imaginarse un estado mas deplorable? Pues bien, católicos, no lleguéis á él jamas; y si os vais acercando, alarmaos, por Dios, retroceded, asíos fuertemente de la última tabla para no perecer, abandonados de todas vuestras fuerzas, en esta especie de borrasca que tiene escollos para la naturaleza y los tiene tambien para la gracia. ¿Cómo conceguirlo? Apurando todos los medios

para salvaros de la impenitencia por el ejercicio de la perseverancia.

SEGUNDA PARTE.

Si las reflexiones que acabo de hacer os han llamado con fuerza, hermanos míos, vuestro espíritu y vuestra razón hácia la urgentísima, estrecha é imprescindible necesidad de la perseverancia constante en la práctica del bien durante el breve curso de la vida humana; si poseéis en efecto las altas convicciones morales que la perseverancia supone, congratúlome con vosotros de parte de Dios; pues os veo con solo esto introducidos ya en el fondo de los medios que deben ponerse en práctica para perseverar. Porque, decidme: ¿qué disposición más feliz que la de una voluntad firme y decidida? Cuando la voluntad se ha resuelto del todo, el entendimiento, ilustrado y regido por la verdad, ha triunfado ya sobre el carácter, ha reportado una brillante victoria sobre las pasiones y sus obstáculos, ha engendrado esa especie de convicción íntima que ensancha las fuerzas, difunde la luz, afirma la esperanza y alumbra el nacimiento de las altas virtudes. ¿Queréis, en efecto, hermanos míos, perseverar? Yo os daré el medio, hélo aquí; quererlo, quererlo bien, quererlo con solicitud, quererlo con vehemencia, quererlo con todo el movimiento de los instintos, con toda la partura de las inclinaciones, con toda la eficacia de los deseos más bien formados; quererlo con una preferencia sobre todas las cosas, quererlo con decisión, quererlo sin la idea de transigir, quererlo sin el influjo de los respetos humanos, quererlo sin esos medios términos donde más frecuentemente naufraga la virtud; quererlo contra el influjo pernicioso del ejemplo, contra las delicadas tentaciones del placer y de la vanidad, contra los movimientos siempre indómitos del orgullo, contra los acentos rendidos ó los arrebatos impetuosos de la carne y de la sangre, contra todo lo que no es Dios y lucha para

apartarnos del bien. ¿Queréis perseverar? Querédlo de veras, y todo está hecho.

Pero qué, ¿tal es el poder de la voluntad humana, que un solo *fiat* articulado con el acento de la firmeza y de una resolución incontrastable, baste para obrar el gran prodigio de la santidad sobre el venturoso aniquilamiento del hombre viejo? Sí, católicos, sí otra vez, sí, os lo repetiré constantemente: tal es el poder de la voluntad humana, si bien un poder que le viene por comunicación, y no por naturaleza, un poder que Dios engendra cuando ella se decide, un poder de los que mejor caracterizan la presencia de la gracia, cuyos efectos, como bien sabido lo tenéis, consisten precisamente en el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias. Sí, Dios mío, sin tí nada puedo y nada quiero en la línea del bien; pero contigo todo lo quiero, todo lo puedo; porque habiéndome criado para tí, habéis divinizado en cierto modo mis facultades todas cuando se dirigen á tí como á su centro.

A este medio, el más capital, el primero en el orden de cuantos nos acercan á Dios por el ejercicio de la perseverancia, se refieren, hermanos míos, todos los otros, como á un principio todas sus verdades subalternas y todas sus consecuencias legítimas. ¿Porqué? ¿porqué una voluntad así resuelta coloca el poder moral sobre una altura inmensa, y á la par domina sobre lo pasado, lo presente y el porvenir. Vive el hombre en lo pasado con sus recuerdos, habita en lo presente con sus sentimientos y sus obras, recorre el porvenir con sus previsiones, sus deseos y sus esperanzas. ¿De qué se trata? de asegurar la felicidad eterna. ¿Cómo asegurarla? purificando lo pasado por medio de una contrición verdadera, santificando lo presente por medio de una mudanza absoluta, asegurando el porvenir por medio de una consecuencia inalterable en el bien obrar. Deteneos un poco: considerad bien una voluntad resuelta. ¿Se ha resuelto en contrario sentido? ella pues nace del arrepentimiento: ¿Este arrepentimiento es verdadero? la voluntad retira por lo mismo cuanto puede ser ocasión próxima ó remota de producir este sentimiento; y en-